

# Lucky



Gloria Vilarinho



LUCKY

GLORIA VILARIÑO

"Una persona que maltrata, a veces no desarrolla un comportamiento agresivo [físico o verbal] con el tiempo, sino desde el comienzo. El sentimiento de propiedad sobre la mujer ya existe, aunque a veces actúan de manera respetuosa al principio para manipular psicológicamente a la persona"

### Nota de la autora:

En este libro intento hacer una reivindicación sobre la violencia de género. ¡Basta ya!

A pesar de las situaciones románticas y entrañables que he escrito para suavizar el contenido de la novela, quiero que quede claro que bajo ningún concepto trato dicho tema con frivolidad sino con el respeto que me merecen las mujeres y los hombres, y en consecuencia y por desgracia muchos niños, que por un amor equivocado, hoy nos protegen y nos cuidan desde el cielo, convirtiéndose en simples números, porque nadie se acuerda de sus nombres sin tener en cuenta a las personas y familias que dejan atrás totalmente destrozadas.

Este libro está **completamente dedicado a ellos** y esperemos, que en un futuro no muy lejano, este cáncer sea totalmente erradicado de la sociedad.

“A mi madre, siempre tú, por enseñarme lo que es ser una MADRE”

“A mi marido y mi hijo, mis inspiraciones diarias. Gracias por enseñarme día a día lo que es el amor, el cariño y sobre todo el respeto”

“A Eli González y Arantxa Utrilla, todo empezó con un libro. Por las llamadas a tres, por las confidencias, por los desahogos, por las conversaciones fuera de tono, por las risas, sobre todo las risas... por estar ahí”

# 1.

¡Corre, corre, corre! Se decía a sí misma mientras las lágrimas estropeaban su maravilloso y cuidado maquillaje.

No podía haber caído más bajo, aquella noche la recordaría durante el resto de sus días. No. Lo que recordaría sería el haberse humillado, el haberse dejado llevar por las falsas promesas, por un amor que no era más que interés puro y duro, por un amor que la arrastraba a un pozo sin fondo, a una espiral de destrucción que jamás pudo imaginar.

Necesitaba llegar a casa, darse un baño y dejar que el agua borrara la impronta de las sucias y asquerosas manos que durante tan solo veinte minutos, recorrieron su cuerpo y lo llenaron de saliva, de babas por parte de un hombre repugnante.

Pero como era una idiota, que transigía manipular su voluntad por el hombre del que supuestamente estaba enamorada, saldó la deuda de juego entregando su cuerpo como si de una puta se tratara.

Resbaló en la calle debido a la humedad que la acera contenía debido a la niebla densa y húmeda que techaba la ciudad a esas horas intempestivas de la madrugada. Sus medias negras con una filigrana en forma de rosa con espinas desde el talón de Aquiles hasta el muslo se rompieron en la caída, originando un tremendo agujero en los pantys a la altura de la rodilla dando comienzo a un reguero de sangre que realizaba su camino hasta el empuje del pie.

Con los altos tacones no podía correr, huir con la celeridad que se proponía, así que los arrancó de los pies y con ellos en las manos volvió a escapar por la gran avenida hasta que se quedó sin resuello.

¡Quién se lo podía imaginar! Ella, la gran Lucky Strauss, actriz desde los quince años, con un Oscar a sus espaldas, se hallaba atrapada en una vida sentimental que era todo lo contrario a lo que escenificaba en sus películas.

Decidió abandonar la interpretación cuando, el que creía el amor de su vida se lo suplicó. Ahora, convertida en una importante empresaria de la publicidad, dirigía con mano firme la agencia Strauss and Schäfer, conocida a nivel mundial como SYS, empresa fundada por sus abuelos después de la época nazi. Sus campañas a lo largo de cuarenta años aún eran alabadas por publicistas de generaciones posteriores.

Sus abuelos. Adler Strauss y Johan Schäfer se trasladaron a España después de que la Alemania nazi fuera liberada y allí conocieron a sus esposas, Jacinta Capdevila y Avelina Ribelles. Pese a que sus intenciones en primera instancia eran disfrutar de España como fieles guiris, encontrarse con las dos jóvenes catalanas les cambió la vida por completo, enamorándose de ellas perdidamente y escogiendo Barcelona para instalarse.

Lucky quería tan solo un ápice, una milésima parte del amor, del respeto que sus abuelos se profesaban. Aunque rondaban los ochenta años cada uno, aún se enternecía al ver como sus abuelos miraban a sus abuelas con ternura, como les pellizcaban los traseros con la consiguiente riña por parte de las ancianas y el siguiente beso en los labios a modo de disculpa.

Sin embargo, ella, con su preciosa cara y cuerpo, no había conseguido nada de eso con el que debía ser su

compañero en el viaje de la vida.

Atrapada, exhausta y sin salida, se sentó en un arcén agotada por la carrera, esperando a que algún taxi apareciera para regresar a su casa. Eran las cinco y cuarto de la madrugada del tres de febrero, uno de los meses más fríos en Barcelona. Cuando decidió mirar al frente se dio cuenta que estaba en el paseo marítimo de la Barceloneta. Vislumbró el Aquarium de Barcelona, el centro comercial Maremagnum y el Parc del Fòrum donde tantas tardes y fines de semana había compartido con sus primas, Elsa de cinco años y Elisa de catorce.

Intentó levantar el ánimo observando todo lo que ante ella se presentaba mientras esperaba la llegada de algún taxi. El paseo estaba repleto de bares, restaurantes, chiringuitos de playa y establecimientos de deportes acuáticos o de tierra. Desde la orilla del mar las vistas de Barcelona eran muy bonitas, aunque un buen lugar para saborear la ciudad era desde el "Moll de la Fusta". Además, cerca del Port, se concentraban muchos de los locales de ocio nocturno de Barcelona.

La Barceloneta era un distrito muy característico por la distribución de sus edificios —pequeños y bajitos— y reflejaba el tipo de construcciones que se edificaron durante el período de la Ilustración. Actualmente, el barrio de la Barceloneta mantenía disputas por las actividades turísticas porque muchos de los pisos se alquilaban a visitantes que trasnochaban día tras día. Aun así, no dejaba de ser un barrio muy alegre y pintoresco y con una oferta muy amplia para hacer cosas y pasar un buen rato por la zona. Mirando a su espalda se fijó en la magnífica terraza sobre la arena de la playa, ideal tanto para comer o cenar como para disfrutar de una copa y buena música.

El frío y la humedad, en aquella posición estática sentada en la acera, inmovilizaba sus articulaciones, aden-



trándose en sus huesos y empezando a tiritar. Intentó aplacar el temblor abrazándose a sí misma recapacitando en lo que se convirtió su vida en el último año. Las lágrimas resbalaban volviendo a humedecer el rímel corrido, convirtiendo sus preciosos ojos azules, en los ojos de un panda, donde no se podía apreciar su belleza, su cara angulosa, sus labios carnosos con un color rojizo natural herencia de una de sus abuelas maternas.

Llevada por el recuerdo de lo acaecido en la última hora, lloró desesperadamente hasta que una moto se detuvo a su lado y su conductor, un completo desconocido, se apeaba de ella y le prestaba ayuda.

## 2.

—¡Rafael de Sáez y Torres, eres un asqueroso y marracho!

—¡Dime algo que no sepa, guapa!

—¿Ya está? ¿Acabamos de acostarnos en los servicios de caballeros y ni tan siquiera me vas a invitar a una copa o a llevarme a tu casa?

—Patricia, sabes desde hace mucho tiempo que para mí la soltería es el mejor regalo que se le ha concedido al hombre.

Rafael dejó a su ligue en los servicios con la cara descompuesta y volvió con su grupo de amigos. Entre ellos se encontraba León, compañero inseparable desde la guardería hasta que ambos finalizaron económicas y ahora trabajan juntos, pero no revueltos, en la prestigiosa empresa SYS.

—Preciosa, ponme un vodka con lima —pedía Rafael a la camarera que exhibía su generoso escote en cuanto lo tenía cerca.

—¿No quieres algo más fuerte? —se insinuaba la barman.

—Esta noche no. Tengo que coger la moto y como me pille tráfico, me retiraran los pocos puntos del carnet

que me quedan.

—Chico maaaalo —rió tontamente—. ¿Te han dicho que te pareces muchísimo a Álex González, el protagonista de *El Príncipe*?

Rafael chasqueó la lengua en una burlona mueca con el ceño fruncido ya que estaba harto de que lo comparasen con el famoso actor. A pesar de que a él la serie de televisión lo enganchó desde el primer momento, aunque simplemente la veía por las escenas de sexo interpretadas por la bellísima Hiba Abouk, cada vez que contemplaba su reflejo en el espejo, debía admitir que con el pelo y los ojos castaños, su nariz peculiar y su cuerpo, el parecido era de lo más razonable. Pero Rafael tenía unas cuantas diferencias en cuanto al actor: era más alto, con más volumen en el cuerpo y el hoyuelo de su barbilla era su arma para conquistar a cualquier mujer.

—¿Te he molestado? —preguntó la barman al ver el semblante serio de su cliente.

—No preciosa, tranquila, estoy acostumbrado.

Rafael conversaba con sus amigos mientras ojeaba el panorama de la famosa discoteca barcelonesa. Las mujeres que iban a divertirse comprendían desde los veintiuno, edad a la que estaba permitida la entrada, hasta los cuarenta. Le encantaba admirar el género femenino, sobre todo en cómo se arreglaban, para salir bien solas o acompañadas de otras amistades o con parejas. Pero lo que más le gustaba eran los perfumes que emanaban. Se había convertido en un experto en la materia. Era capaz de pasar al lado de una mujer y reconocer el almizcle que llevaba puesto en un pispás.

—¡Esa zorra me está volviendo loco! —comentaba León a sus otros tres amigos—. El otro día salí dos horas

tarde porque se le ocurrió la maravillosa idea, la gran idea para la nueva campaña de verano y tuve que ir al mercadillo todo trajeado para encontrar lo que me pidió.

—Pues no sé qué decirte. Trabajar para Lucky Strauss tiene que ser increíble. Es un bellezón —contestaba Salva, uno de sus amigos.

—Es un bellezón y todo lo que quieras, pero es una frígida de cojones —respondió León casi escupiendo.

—¿Tú qué opinas Rafael? —le preguntó Salva.

—Por suerte no tengo el placer de conocerla. Me llega de sobra con la chapa que día sí y día también me da León cuando vuelve a casa. Además, yo trabajo dos pisos más arriba y nunca jamás me he topado con ella.

—¿No te gustaría conocerla? Sabiendo lo picha floja que eres, seguro que le quitabas esa cara de uva pasa que muestra a diario, por no hablar del pelo negro que lleva siempre recogido en un moño francés que hace que su expresión parezca que le han hecho un lifting o algo así.

—¿Moño francés? —rio Rafael—. Colega, lo tuyo es muy fuerte.

—¡Calla la puta boca! —recriminó enfadado León.

Patricia, la mujer que le sirvió como desahogo sexual para esa noche, no le quitaba la vista de encima. Estaba enamorada de Rafael desde hacía seis meses y no podía entender como él no se fijaba en ella, sino en lo que solo había bajo sus escuetas minifaldas.

Rafael llevaba por bandera su soltería, era lo primero que le decía a las mujeres con las que se acostaba. Estaba segura que alguna joven le hizo daño en su pasado y por eso él reaccionaba de esa manera. Necesitaba hablar con

él, pedirle disculpas por el arrebató de soltarle un “te quiero” cuando, una vez finalizado el acto sexual en el servicio de caballeros, su boca emitió las dos palabras sin darse cuenta de lo que estaba diciendo. La reacción de Rafael aún le hacía hervir la sangre. No solo se rio en su cara sino que las palabras: “gracias por dejar que me desahogara esta noche” todavía le pesaban en el pecho.

Se acercó al grupo de amigos y le pidió un momento a solas para hablar.

—No voy a ir contigo a ninguna parte Patricia y menos para hablar. Me conoces de sobra y esas ñoñerías de hablar después de follar no van conmigo.

—Es solo un momento. Me gustaría aclarar lo que te dije... yo... me dejé llevar...

—Creo que las palabras “te quiero” —Entrecomilló con los dedos— es más que dejarse llevar.

Los amigos de Rafael cesaron la verborrea al mismo tiempo, prestando atención a la charla puesto que a él no le importaba tener público en una conversación tan íntima.

—Rafael, por favor...

—¡Qué pesaditas os ponéis! No quiero que me quieras, no quiero que ninguna mujer me quiera, solo quiero una cosa y es mi libertad. Patricia follas muy bien pero...

Dos bofetadas le cruzaron la cara de parte a parte. Estaba sorprendido por la reacción, era cierto, pero siempre fue claro tanto con ella como el resto de mujeres con las que se acostaba.

—¡Eres un hijo de puta! ¡No tienes alma ni tienes corazón! ¡Acabarás solo, completamente solo!

Rafael, intentando recolar la mandíbula de manera teatral, haciéndole creer que lo había lastimado de verdad, se encaró a ella.

—Da gracias que eres mujer porque si no ahora mismo te estaría rompiendo la cara.

—¡Desgraciado misógino! Alguien, en algún momento de tu vida te pondrá en tu sitio y cuando ese día llegue me reiré en tu cara, Rafael de Sáez.

—Y Torres —apostilló—, no te olvides que tengo madre.

Patricia cogió dos cubatas situados sobre la barra que acababan de ser preparados por la camarera y se los tiró encima de su polo.

Cabreado como pocas veces en su vida, se despidió de sus amigos de mala manera, cogió la cazadora de cuero y se fue directo a la que era el gran amor de su vida, su Harley—Davidson Road King Classic. Escuchando el rugido de su moto, decidió dar un paseo por los cinco kilómetros que constituían el paseo de la Barceloneta para calmar un poco los ánimos.

### 3.

Tenía muy claro la ruta que recorrería a esas horas de la madrugada, aprovechando que el día siguiente era domingo y que la ciudad dormía, a pesar de la increíble vida nocturna de la que gozaba la ciudad condal. Se dirigiría hacia el Mirador de Colón, un símbolo destacado de la ciudad que se erguía al final de La Rambla, en la zona del Port Vell. Dejando atrás La Rambla ascendería hasta la plaza Cataluña, admirando la Plaza Real, el Gran Teatro del Liceo y el conocidísimo Mercado de la Boquería. Volvería atrás hacia la Plaza Urquinaona, para coger la Vía Laietana, una avenida que lo devolvería de nuevo al mar para que le fuese más fácil encaminarse hacia La Barceloneta, el barrio de pescadores. Entre las calles estrechas de la Barceloneta era muy fácil aparcar y la playa estaba justo al lado. Quizás, a pesar del frío febrero, se decantaría por desnudarse y darse un baño.

Recorriendo el paseo marítimo de vuelta para dirigirse a la Sagrada Familia, una sombra agazapada bajo la luz de una de las farolas con la cabeza entre las piernas, llamó su atención.

—¡Joder! Otra de esas chicas que no saben beber y que dejan tiradas —dijo en voz alta escuchando su propio bufido que retumbaba en el interior del casco.

A pesar de la amenaza de agresión que minutos antes le soltó a Patricia para sacársela de encima, Rafael era un hombre para el que la violencia de género no tenía sen-